

El Anticlericalismo Español

Pere Solá

En nuestra historiografía de la guerra civil y sus antecedentes el anticlericalismo ha sido abordado sobre todo desde posiciones pro-eclesiásticas cuando no marcadamente derechistas. Y ello es perfectamente comprensible, dentro de la lógica nacional-católica de la postguerra: se trataba de magnificar o «exaltar» a una Iglesia «mártir y militante» cuyo apoyo al nuevo régimen era incuestionable, salvo grupos minoritarios en Cataluña y el caso del catolicismo vasco. Pero, ¿y la izquierda histórica y los medios obreristas como han explicado y justificado la explosión «clericida» e irreligiosa de 1936-1937?

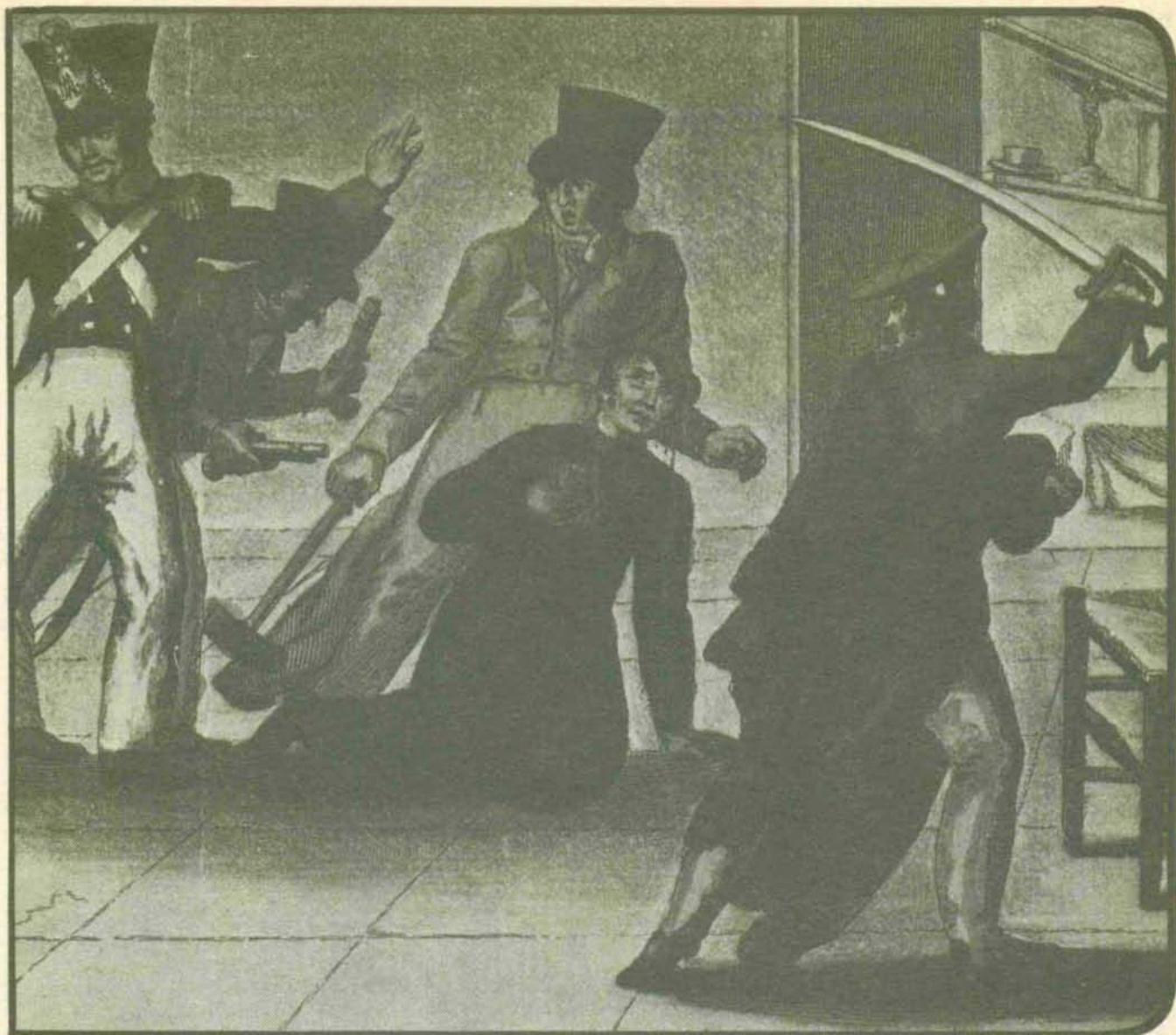
EN este artículo vamos a discutir algunas de las respuestas implícita o explícitamente dadas a esta última pregunta. Por de pronto hay que decir que no se ha intentado jamás —o por lo menos no tenemos noticia de ello— explicar o razonar, desde las fuerzas proletarias y de izquierda protagonistas del período republicano y revolucionario 1931-1937, las motivaciones y pulsiones profundas de dicha ofensiva contra el clero católico. Pero aún así es posible reconstruir algunos de los principales argumentos. Lo que, en cambio, sí han hecho estos sectores «perdedores» de la guerra de España

ha sido justificar y defender, por razones políticas, sociales y de «justicia histórica», la implantación de disposiciones laicistas radicales tendentes a limitar o a disolver el poder del clero regular y secular en todos los órdenes de la vida pública en este país. Este capítulo, tan traumático en su tiempo... como seguramente lo sería ahora, de la separación estricta de la Iglesia y el Estado, está bien documentado en sus implicaciones y desarrollo político (1). No es, pues, a ello a lo que voy a referirme sino más bien a algunos de sus aspectos antropológicos y sociológicos.

1. Sobre los «agravios populares» contra la Iglesia Católica

Antonio Montero, intelectual de la Iglesia que combatió y venció con y por Franco, y autor de la —en su época más completa que no desapasionada— síntesis so-

(1) Arxiu Vidal i Barraquer. *Església i Estat durant la Segona República Espanyola, 1931-1936*, edición a cargo de V.M. Arbeloa y M. Baillori. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1971 y ss. I PETSCHEN, op. cit. nota 5, infra. Una reflexió útil sobre esta problemàtica en MARTIN PATIÑO, J. M., S.J. *Réquiem por un poder político de la Iglesia española*, «El País», Madrid, 6-VII-1977. Aunque habría que plantear el título en interrogante...



bre el tema (2), escribía que «en toda la historia de la Iglesia Universal no hay un solo precedente, ni siquiera en las persecuciones romanas, del sangriento sacrificio, en poco más de un semestre, de doce obispos, cuatro mil sacerdotes y más de dos mil religiosos. Se trata de un hecho eclesial de primera magnitud que sería miope querer reducir a los estrechos límites de la historia de España. Cosa distinta será discernir nítidamente las implicaciones e incluso las impurezas de otro orden que interfieren explicablemente esa realidad. Pero ¿no ocurre otro tanto con las persecuciones romanas, las gue-

rras religiosas provocadas por la rebelión (sic) protestante, los excesos de la Revolución Francesa y el victimario reciente de la persecución mejicana? (3). Montero reconocía en este pasaje del prólogo de su obra que «rara es la vez que las víctimas del odio a la Iglesia, incluso los mártires canonizados (varios centenares de procesos de beatificación estaban abiertos por los años cincuenta) lo han sido por alegatos exclusivamente (el subrayado es mío) religiosos». Pero a muchos de los historiadores que, a semejanza de Montero, se interesaban principalmente por la «exaltación

de la Iglesia mártir y militante», los complejos «considerandos políticos, militares, económicos o sociales» del anticlericalismo les interesaban muy poco...

No voy a entrar aquí en las bases o raíces estructurales de estos considerandos, ya tratadas de antiguo por Morote, entre otros, y de reciente por Joan Connelly Ullman, Díaz Mozaz en cier-

(2) Montero Moreno, Antonio, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Col. B.A.C. Editorial Católica, Madrid, 1961, núm. 204.

(3) Montero, *op. cit.*, pp. XIII-XIV (aclaraciones introductorias).



Quema de conventos en Madrid, el 11 de mayo de 1931.

tos aspectos, y otros (4). En las distintas comunidades que componen el Estado español, el anticlericalismo popular venía siendo una especie de «dolencia» crónica. Este anti-clericalismo es-

taba íntima y dialécticamente conectado con un hecho sociológico y político de primera magnitud: el clericalismo del poder, la casi continua, secular entente del poder civil y de la

(4) Díaz Mozaz, J. M., *Sociología del anticlericalismo*, Ariel, Barcelona, 1976. Ulbrann, J. C., *La Semana Trágica*, Ariel, Barcelona, 1972. Morote, Luis, *Los frailes en España*, Imp. de Fortanet, Madrid, 1904. Menéndez Pelayo, M., *H.^o de los heterodoxos españoles*, Vol. II, B.A.C., Madrid, 1956.

jerarquía católica (5). Sería prolijo resumir aquí la lista de agravios populares **contra** la Iglesia católica y sus estructuras y su proyección social, educacional, etc., mucho más que **contra** la ideología o mística religiosa en sí. Lo cierto es que, hasta bien entrado el siglo XIX, la hostilidad de amplios sectores populares, campesinos y urbanos, se había dirigido **sobre todo** contra el clero regular y contra parte (pero no toda) de la jerarquía ordinaria. Más la creciente compenetración de los intereses de la Iglesia con los gobiernos más conservadores, acentuada con la restauración, y la falta de reacción y comprensión por parte de la institución eclesiástica frente a la problemática y contradicciones de la implantación del capitalismo moderno, así como su explícita condena de las vías liberales (por tímidas que fueran) y ya no digamos socialistas o colectivistas de solución de lo que se llamara «el problema social», todo ello, digo, contribuyó directamente a la fijación de este anticlericalismo obrero y campesino, por lo demás común a los países latinos. No menos anticlerical era la burguesía avanzada.

A lo largo de buena parte del XIX y primeras décadas del XX se forja, pues, una verdadera **actitud social**, es decir lo que los psicólogos sociales llaman **percepción colectiva** de tipo anticlerical. Actitud o predisposición que se transmitía de padres a hijos y que dio lugar a un conjunto de elementos de discurso, símbolos, mitos y tópicos característicos. Y, dado que los motivos de fondo estructurales de tal **predisposición colectiva** no desaparecían, sino que iban

persistiendo uno acaba teniendo la impresión de que las corrientes políticas burguesas avanzadas (republicanismo federal por ejemplo, en el siglo XIX) u obreristas (socialismo, anarquismo) **no** creaban en modo alguno este estado de ánimo colectivo, sino que se limitaban a canalizarlo, utilizarlo... Veamos ahora qué comprendía esta lista de «agravios» populares. Larga lista. Se hacía al clero culpable de connivencia con los estamentos opresores del pueblo, aristocracia, alta burguesía, los sectores más retrógrados del ejército. Connivencia que se convertía, y no sólo en la imaginación popular, en colaboración activa: la imagen del cura «trabucaire» y carlistón, que cambiaba de faz para exhortar al pueblo desde el púlpito a la resignación y a la sumisión, no es rara en la prensa republicana y obrera de finales del pasado siglo. El sarcasmo popular se desataba contra quienes «**no predicaban con el ejemplo**», enriqueciéndose a costa de la gente menesterosa, robando puestos de trabajo, ofreciendo manufacturas a mejor precio, haciendo caso omiso de sus votos de castidad y pobreza, etc. (6). Sectores amplios del pueblo trabajador y de la clase media también (por lo menos en Cataluña) echaban en cara a la Iglesia el paternalismo con que revestía y escondía su situación de uso y abuso de poder. En distintas esferas sociales o campos de proyección, como podían ser la beneficencia, el campo escolar o laboral, la Iglesia se veía acusada de constituir una especie de quinta columna de las clases dominantes, en el sentido de que

no sólo se limitaba a bendecir su poder sino que, encima, facilitaba la penetración del **mismo**. Por su parte, un sector de las clases medias y profesiones liberales, y un poco a remolque de ellas el proletariado urbano «consciente» achacaba a la Iglesia (con razón) su oposición a las explicaciones generales de orden científico y su prevención frente a los ideales de progreso, cuando no rígido rechazo de los mismos (7).

En fin, el cura era percibido popularmente como un ser diferente y privilegiado, un «parásito malévol», cuya influencia social sobre la población femenina y sobre la institución familiar llegaba a extremos intolerables, al tiempo que bloqueaba el proceso de transformación de la sociedad. La prensa republicana y anticlerical del período reseñado tendía a ridiculizar las manifestaciones rituales de una religión establecida que suscitaba sentimientos ambivalentes, odio, en especial, pero que no dejaba indiferente. El carácter simbólico y «esotérico» de estos ritos y prác-

(5) *Castell, J. M., Las asociaciones religiosas en la España contemporánea, Taurus, Madrid, 1973. Petschen, Santiago, Iglesia-Estado. Un cambio político. Las Constituyentes de 1969, Taurus, Madrid, 1974.*

(6) *Como se sabe, tópicos escabrosos, como los relatos de «hechos de conventos», abundan en la prensa anticlerical de las últimas décadas del s. pasado y en éste también. Las representaciones gráficas (en «El Motín» de Nakens, p. ej.) ayudan lo suyo...*

(7) *Estos miembros de profesiones liberales, de poca importancia numérica dentro de los colegios profesionales e instituciones universitarias, pasarán, en algunos casos, a formar parte del movimiento librepensador. Este movimiento, más o menos organizado, a base de comités, congresos, será hasta cierto punto cauce de confluencia de burgueses y obreristas.*

ticas (la confesión, por ejemplo) aparecían como una especie de muralla malévolamente colocada por una casta inmoral que no vivía en absoluto evangélicamente, sino maquiavélicamente, secretamente entregada a los designios de una potencia extranjera: el Vaticano.

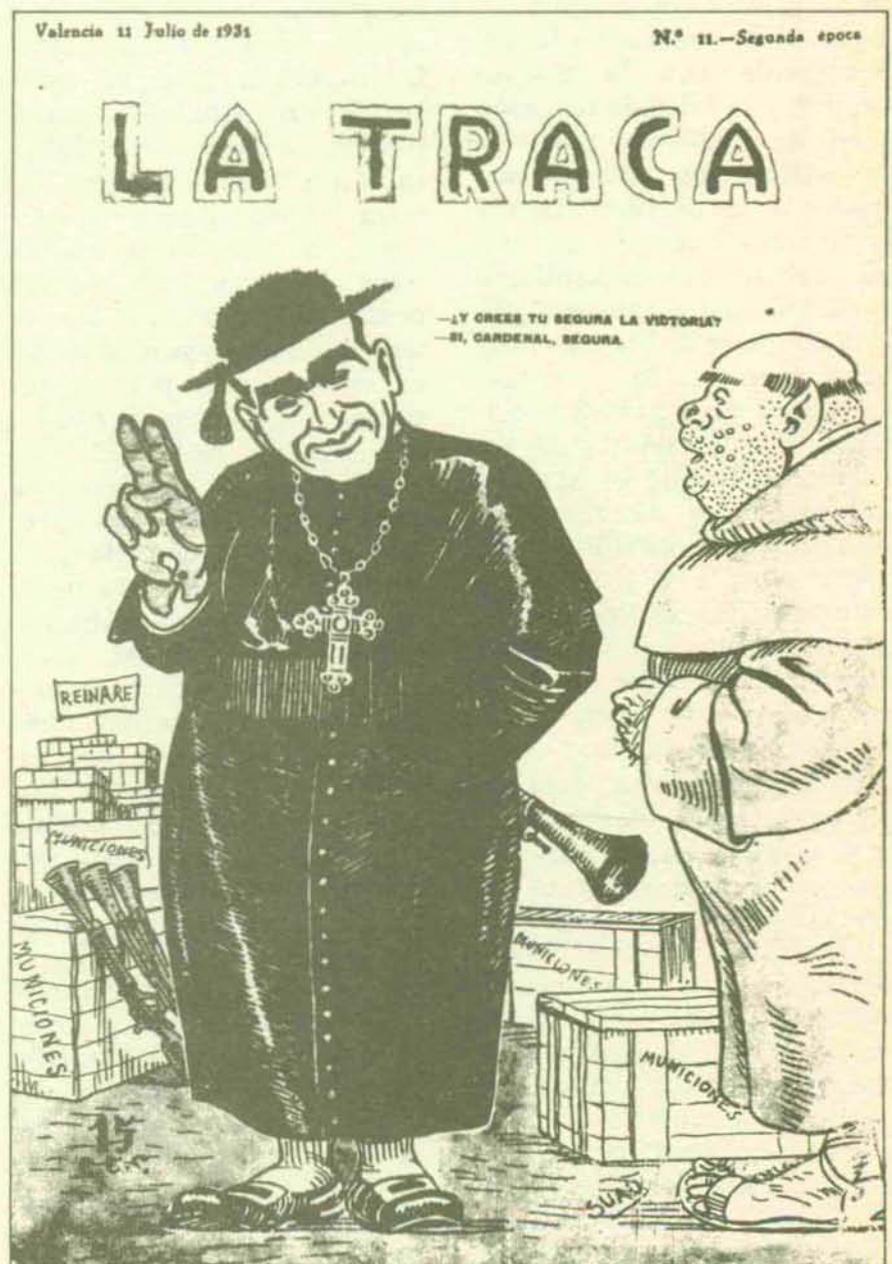
2. Las diversas posturas frente al clericalismo

Todos estos argumentos convertían a la secular Iglesia en una especie de encarnación palpable del contraprogreso en estos medios que precisamente adoptaban como tabla de salvación la ideología del progreso. Aquí se evocaba fácil y lógicamente la función represora y la herencia que había legado la Santa Inquisición. Se trataba, desde luego, de una modulación de fácil tañer: la verborrea lerrouxista, pero también, a principios de siglo, la misma «izquierda dinástica» (algunos jóvenes políticos del partido Liberal) y más tarde el radical-socialismo llegaron a ser «muy» anticlericales..., pero muy dispuestos a grandes concesiones de hecho a la Iglesia. En cuanto a los socialistas, el planteamiento del problema religioso-clerical, si doctrinalmente estaba bastante claro, en la práctica no era el mismo en los países católicos que en según qué países protestantes de Europa (8). A finales de la pasada centuria y principios de la presente, el socialismo «científico» y político intentaba desmarcarse del librepensamiento mi-

litante entonces en boga en medios avanzados y en según qué círculos intelectuales y científicos de Europa y U.S.A. Cosa difícil en Francia o Bélgica, donde el republicanismo anticlerical abarcaba un ancho espectro de población. Difícil también en la península ibérica donde la pre-disposición anticlerical había casi tomado carta de naturaleza en los medios populares. Desde principios de siglo, los «cuadros» socialistas españoles

contemporizaban: no se cansaban de recordar que lo prioritario era la lucha económica, hija de los antagonismos de clase, y que la lucha contra el poder del clero y los prejuicios religiosos era sólo algo derivado. Un programa político que se vertebrara exclusivamente en torno a la

(8) Arbeloa, V. M., *Socialismo y anticlericalismo*, Taurus, Madrid, 1973: textos socialistas internacionales de principios de siglo, con un excelente prefacio de Arbeloa.



Caricatura de «La Traca» alusiva al entonces cardenal primado de Toledo, Segura, figura controvertida y claramente hostil a la República, hasta su expulsión del país.

Director propietario: LUIS MONTIEL

Gerente: LUIS DE MIQUEL

Subdirector: M. CHAVES NOGALES

AHORA

DIARIO GRAFICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID 2,50 ptas. al mes.
PROVINCIAS 9,00 ptas. trimestre.
EXTRANJERO 30,00 ptas. trimestre.

Apartado 8.094.

PASEO DE SAN VICENTE, 18

Teléfono 18340

EL PROBLEMA RELIGIOSO EN LAS CONSTITUYENTES

HA QUEDADO DISUELTA LA COMPAÑIA DE JESUS Y SUS BIENES SERAN NACIONALIZADOS

LAS DEMAS ORDENES RELIGIOSAS NO PODRAN DEDICARSE A LA ENSEÑANZA

En un plazo de dos años quedará extinguido el presupuesto de culto y clero

A PARTIR DE LAS DOS DE LA MAÑANA LOS DIPUTADOS CATOLICOS PRACTICARON LA OBSTRUCCION MAS ROTUNDA

El ministro de la Gobernación garantiza el mantenimiento del orden en toda España

La cuestión religiosa en los titulares de la prensa de la época. (Primera página de «Ahora», del 14 de octubre de 1931).

reducción del poder eclesiástico era —consideraban— una especie de «engañabobos» apto para anticlericales burgueses. Lo importante, al decir de los socialdemócratas españoles y europeos, era conseguir un estado laico, donde la Iglesia (o las iglesias) se viera realmente segregada a las esferas de poder. Se creía que los socialistas debían abstenerse de llevar a cabo propaganda frontalmente antirreligiosa. La religión era un asunto meramente privado. El socialismo triunfante la haría innecesaria. Esto era, por lo menos, la doctrina, la teoría.

En la práctica los sectores de población influenciados por los socialistas fueron, seguramente, mucho menos cerebrales o tacticistas que sus cuadros. En este aspecto, el «odio a la Iglesia» de socialistas y anarcosindicalistas (de la base) y de algunos sectores de la clase media republicana difería en poco. En cuanto al sector ácrata, se sabe que doctrinalmente concedía una mayor impor-

tancia a la lucha contra «los prejuicios religiosos». Aquí no se trataba sólo de una cuestión táctica, sino de una clara opción ideológica de quienes se reclamaban seguidores de Bakunin y de su famoso argumento: «**Si Dios existe, el hombre es esclavo; ahora bien, el hombre puede y debe ser libre: así pues, Dios no existe**» (9). Yo creo que hay que tener muy en cuenta este punto, ya que, si bien es verdad que, en general, los sectores bakuninistas y más tarde anarcosindicalistas no se dejaron enredar en la trampa de insistir más en la destrucción de la Iglesia que en la de la sociedad capitalista, e incluso pusieron a sus huéspedes en guardia contra tal salida, también es cierto, a partir del análisis documental, que en los grupos de base faístas de los años treinta se detecta en bastantes ocasiones un anticlericalismo e irreligiosidad feroces y pasionales. Postura vehemente que no contribuye a clarificar la responsabilidad del estamento eclesiástico y que, en cierta medida,

favorece la acometida «a bulto». Insisto: esta actitud se detecta más en la militancia de base sindicalista o faísta que en las directrices emanadas de los órganos más o menos oficiales (a partir de la segunda década de este siglo) de la Confederación Nacional del Trabajo.

3. La bipolarización republicana entre «cavernícolas» y «caníbales» anticlericales

Evidentemente este clima pasional tenía sus motivos; no se producía caprichosamente. En plena República se insiste en la prensa anarcosindicalista en el hecho de que los católicos traicionan «la ley de Cristo», no mostrándose solidarios de los pobres y de los desvalidos: «**Mientras los obreros están desorganizados, la burguesía, el clero y el capitalismo se aprovechan de esa mala unión haciendo de nos-**

(9) Arvon, Henri, *L'anarchisme*, P.U.F., 4.ª ed., Paris, 1968, pp. 52 i ss.



Una escena del anticlericalismo imperante a lo largo del siglo XIX: «La degollación de los frailes de San Francisco el Grande, de Madrid». (Museo Romántico de Madrid).

otros unos eternos esclavos. La burguesía nos ha amenazado en caso de querer defendernos, con echarnos a la calle. El clero, debido a la gran ignorancia del pueblo, nos pone el temor de un Dios (cosa que no existe) haciendo de nosotros unos corderos sumisos para poder él hacer lo que les dé la gana (sic) diciéndonos, en el cielo encontraréis la recompensa, mientras que nosotros vamos siguiendo (sic) unos explotados; ellos viven sin trabajar, nos chupan nuestra sangre y nosotros tan satisfechos sin preocuparnos de nada. Y el capitalismo, los grandes acaparadores que unidos con el clero y la bur-

guesía levantan grandes guerras para matarnos entre hermanos para que mientras nosotros estamos luchando en los campos de batalla, ellos celebran grandes banquetes, derrochando todo el capital que no les cuesta ni una sola gota de sangre (...)» (10).

Este fragmento del órgano faísta del pequeño «cinturón industrial» de una ciudad del norte de Cataluña es uno de tantos exponentes de la predisposición a que antes me he referido. No hace, desde luego, falta ser un lince para percatarse de la tremenda carga emocional —por otro lado perfectamente explicable por el no

menos tremendo clima de represión social a nivel del Estado en 1934— que pretenden transmitir estos artículos corrientes en la prensa obrera anarquista de momento. Véase este otro fragmento:

«La historia de la putería cavernícola, está salpicada toda ella, por la demoníaca y perversa buidez (?) frailuna. Desde Cristo a Iñigo de Loyola, hay toda una escala de tahures dignos de cualquier retablo de la picaresca clásica. Si nosotros tuviéramos espacio y humor, y si esto valiera la pena de ponerlo en

(10) Réplica. Al Cavernícola Opal, por «Lucifer», in «Despertar», Salt, Gerona, 3-III-34.

práctica, haríamos una disección concienzuda de este cadáver putrefacto por la gangrena gonocógica (sic) de la religión católica. Pero no interesa. A estas alturas, el pueblo sabe ya qué contestación debe darse a la ca-

verna. ¿Acaso no lo demostró en aquel mayo rojo en que con tanta profusión ardió la gasolina? A la vacada sacerdotal y catolizante, sólo debe responderse con la estaca y asestándola contra el frontal

cornudo de los energúmenos del trabuco y rosario. (...). Mientras el pueblo tenga que mantener las queridas de los frailes y curas ciruelos, así como su numerosa progenie; mientras los rinconetes de todos los colores sigan chu-



Un sacerdote vasco celebrando una misa de campaña ante un destacamento de gudaris, durante la guerra civil.

pando la sangre del pueblo desde el mostrador y la sacristía, ¿de qué le sirve al obrero cobrar una peseta más o menos, si el casero, el tendero y el Estado, le robarán con una mano lo que le dan con la otra? La única reivindicación eficiente y duradera es la que los trabajadores conquistarán por medio de la Revolución Anarquista y la instauración de un régimen de equidad y justicia» (11).

La incitación al clericidio es, en textos como éste, bien es verdad, casi nunca tan directos, patente. Pero no menos aparente resulta, por paradójico que pueda parecer a primera vista, la función inductora del «passage à l'acte» incendiario que cumple la misma Iglesia y las fuerzas burguesas que la apoyan. Dicho de otro modo, magnificando y exagerando su papel de víctima, el clero y

sus valedores preparaban su holocausto. A este propósito, creemos interesante reproducir —traducido del catalán— un artículo editorial de un periódico vinculado a la Lliga del mismo punto geográfico que el órgano obrerista del que hemos extraído tan virulentos propósitos. Dicho artículo editorial se titula *El nou martirologi*:

«Una de las notas más impresionantes de la revolución que ahora acaba de ser vencida (se refiere a los sucesos de octubre de 1934 en Cataluña y Asturias, principalmente), es el nombre crecidísimo de sacerdotes que han sucumbido víctimas de la rabia diabólica de los revolucionarios contra todo aquello que pertenece a Dios y a la Iglesia. Incluso en este detalle los revolucionarios españoles han sido fieles al modelo soviético que, según ellos dicen, fue el elegido

para su levantamiento. En España ya no tenemos nada que envidiar a Rusia y México, los dos países que constituyen una excepción vergonzosa en el mundo civilizado por el anacrónico anticlericalismo en que inspiran los gobiernos su política religiosa. Este anticlericalismo canibalesco y feroz es una planta exótica entre nosotros en esta época. Nuestros padres y nuestros abuelos habían conocido un anticlericalismo que si no era inofensivo, era inocente y risueño comparado con este anticlericalismo sanguinario de nuestros días. El anticlericalismo de hoy es un anticlericalismo importado de todas aquellas naciones donde ha tomado raíz con más o menos fuerza la mala semilla de la secta de los «sin

(11) *Nuestro deber*, por «Amador de las Rosas», *Despertar*, p. 4, 16-IV-32.



La imagen refleja la postura claramente partidista de una gran parte del clero español durante la guerra civil española.



Macabra exposición de la momia de una monja, a la puerta de un convento de Barcelona, durante la guerra civil española.

Dios» o ateos de acción (...) y que predicaban una política de exterminio contra los ministros de la religión. Esta mala simiente ya ha llegado a España. ¡Con qué diligencia aprovecharon los sembradores de este anticlericalismo sanguinario el turbio estado en que se encontraba nuestro país cuando sobrevino el cambio de régimen! El hecho es que desde entonces cada revuelta extremista ha costado el incendio y la destrucción de numerosos templos y conventos y la sangre y la vida de muchísimos sacerdotes y religiosos. La «católica» España parece haber querido demostrar su catolicismo dando actualmente a la Iglesia un nuevo y esplén-

dido martirologio con tantos sacerdotes bárbaramente inmolados al pie del altar. Nunca, quizás, la clerecía española había tenido días de gloria tan inmarcesible como los que le ha dado la rabia anticlerical de los hombres de izquierda y los extremistas» (12).

4. 1936-1937: religión y revolución

Ninguna referencia, como se puede ver, a las razones sociales de este anticlericalismo, que pocos días antes se había cobrado casi cuarenta muertos entre el clero, la mayoría de ellos en Asturias. La Iglesia oficial —con raras excepciones— se

estaba ganando a pulso el verdadero «nuevo y espléndido martirologio» del primer semestre de la revolución de 1936, cuando las organizaciones de la revolución triunfante quedan desbordadas por —son palabras de Joan Peiró, uno de los personajes más representativos de la CNT del período revolucionario— «el salvajismo de unas hordas carniceras». Más tarde, las fuerzas republicanas opuestas a que la revolución social se consumara achacaron la ex-

(12) *El nou martirologi* (editorial), «Diari de Girona d'avisos i notícies», 25-X-1934. Traducido del catalán. Sobre los hechos de Asturias en octubre y la Iglesia (desde el punto de vista de ésta) véase la bibliografía contenida en Montero, *op. cit.*, pp. 44 i ss.

clusiva de los crímenes y excesos cometidos a la CNT-FAI. Cargo éste que los historiadores franquistas, con todas sus aberrantes exageraciones, rebatirían implícitamente (13). Diversas personas, militantes de la organización ácrata en aquella época, han explicado a quien escribe este artículo que, efectivamente, la organización quedó desbordada. Los comités locales no obedecían. Las matanzas podían incluso surgir de grupos de hombres no significados en ninguna de las organizaciones políticas o sindicales, pero que pretendían (sic) realizar «méritos». El hecho de que el cura simbolizara entonces la reacción fascista y se convirtiera en el «chivo expiatorio» por excelencia tenía sus razones sociológicas e incluso psicoanalíticas en las que aquí no puedo entrar por razones de espacio.

El proceso de congelación del proceso revolucionario a partir de 1937, auspiciado desde el exterior por las potencias occidentales y por Stalin, produce un cambio de actitud sobre todo del PSUC, partido ascendente en aquel momento, con relación al tema religioso. Como se sabe, hacia el final de la guerra civil, y por motivos de política interior e internacional, la República acaba tolerando y reconociendo el culto privado católico. Nada más cómodo y rentable políticamente que atribuir entonces la paternidad exclusiva de los «excesos y crímenes» contra elementos derechistas y contra el clero a las fuerzas que protagonizaron (y de hecho perdieron) la revolución social. El antes mencionado intelectual anarcosindicalista. Joan Peiró, sale al paso de

esta versión. En un alegato contra la violencia asesina y oportunista —que, dice, no tiene nada de revolucionaria— Peiró reconoce valientemente la criminalidad de la actuación durante el proceso revolucionario de algunos miembros de su organización. Pero, prosigue, «de las otras filas, ¿no ha habido también asesinos? Yo digo que sí, y no sólo lo digo, sino que afirmo con plena responsabilidad que todos los sectores antifascistas, empezando por Estado Catalán y acabando por el POUM, pasando por Esquerra Republicana y por el PSUC han dado contingentes de ladrones y asesinos por igual, por lo menos al que han dado la CNT y la FAI.

Y hay un sector que, en fechorías indignantes ha superado extraordinariamente a la FAI y a la CNT. Tengo datos concretos que me autorizan a hacer esta afirmación. Lo que pasa, amigo lector, es que cada sector ha utilizado una táctica: ir a «operar» a los lugares donde la propia organización sindical o política tuviera poca o ninguna representación, razón por la cual los hombres de la organización preponderante (en la zona) debían resultar, cuando menos moralmente, responsables de las fechorías» (14).

No cuesta mucho adivinar a qué «sector» apuntaba Peiró: a los estalinistas y a sus aliados. Resulta aquí, por otra parte, completamente imposible exponer con detalle la postura anarquista, tanto en su aspecto doctrinal como táctico, antes y después de la Revolución, ante el hecho religioso y la institución de la Iglesia. Ello será objeto de otro artículo. Indiquemos, sin embargo,

que el hecho de condenar los excesos, de condenar excesos que en nada favorecieron la causa de la Revolución, no implica —en hombres como Peiró— negar la legitimidad de la violencia revolucionaria, que no es tal sino «**justicia revolucionaria expresamente o tácitamente establecida por nuestra Revolución**». El interés del libro de Peiró citado reside, además de ser muy representativo, en el hecho de haberse producido como una especie de reflexión «en caliente», severa y en cierto aspecto auto-crítica —quizá no lo suficiente—. De acuerdo con esta reflexión, el ataque a la Iglesia era necesario, en primer lugar, por razones políticas: durante la República, las reuniones en las iglesias habían sido focos incontrolados de conspiración reaccionaria, reuniones políticas, juntas de conspiración. El día 17 de agosto, de 1936, en un periódico de Mataró, Peiró puntualiza que es un gran error confundir el arreglo de cuentas personal con esta justicia revolucionaria. Se queja de que haya quien confunda, una vez más, la destrucción de iglesias y conventos con la ineludible necesidad de construir un orden social y económico nuevo. El 5 de septiembre de 1936 distinguirá entre la destrucción de la **institución-Iglesia**, por un lado, y por otro la **persecución** de los sentimientos religiosos. Lo primero le parece justo, desde una pers-

(13) Muchas de estas fuentes simplifican al punto de referirse algunos casi invariablemente a los «crímenes de las hordas marxistas».

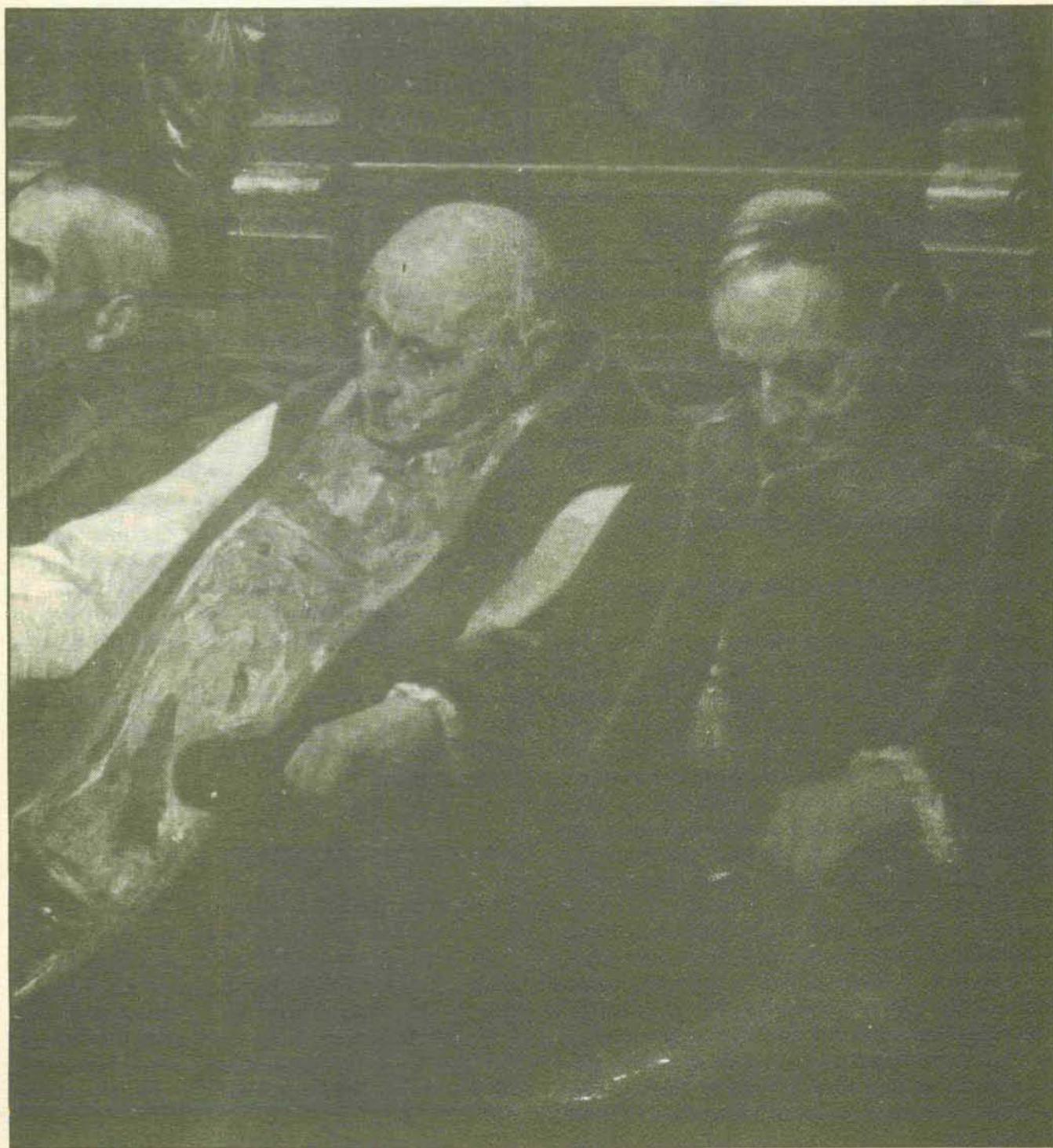
(14) Peiró, Joan, **Perill a la retaguarda** (Peligro en la retaguardia), prólogo de Julià Gual, 3.ª edición, Edicions Llibertat, Mataró, 1936, pp. 5 i ss.

pectiva revolucionaria; lo segundo, en cambio, atenta contra los principios de libertad. Es, pues, la persecución religiosa una práctica anti-revolucionaria, cuyo único resultado es contribuir a incrementar las filas del fascismo. La Iglesia española, prosigue, es la enemiga «natural del pueblo». Más tarde, empero, visto el cariz que toman los

acontecimientos, reconocerá que la Iglesia va a volver, como volvió en Rusia después de unos años de Revolución. El antiguo desglose radical de Peiró entre, por un lado, la Iglesia-institución y las creencias religiosas íntimas del individuo, parecen dar lugar, haciendo de necesidad virtud, a una actitud más conciliadora según la cual:

«la libertad, que para mí lo es todo, obliga a reconocer la libertad confesional de la Iglesia (subrayado mío), a pesar de sus crímenes de durante muchos siglos y a pesar de los que en su nombre y con su bendición se están cometiendo hoy» (15). ■ P. S.

(15) Peiró, J., *Problemas y cintarazos*, Barcelona, 1939, p. 146-147.



«Sermón soporífero», cuadro de F. Cabrera. (Museo de Bellas Artes de Valencia).